

*El republicanismo italiano, el Estado y la nación (1861-1946)**

Maurizio Ridolfi

Universidad de la Tuscia

Fecha de aceptación definitiva: 2 de octubre de 2009

Resumen: En la historia italiana la tradición republicana, a partir al menos de las Comunas medievales, había ido consolidando la idea de independencia y autogobierno, mediante la vinculación de los derechos con la potestad de las leyes. La tradición republicana, derrotada y minoritaria en la Italia monárquica de los Saboya, se fundamentaba sobre todo en el mito de la República romana de 1849. Emergían los factores peculiares de la «tradición italiana»: la centralidad de los valores laicos, pero también las matrices morales de la acción política, una religión civil del deber y la distribución del poder en términos autonomistas y federalistas. Eran los principios de un «proyecto republicano» que se mantuvo vivo desde el segundo Ochocientos hasta los trabajos de la Asamblea Constituyente de los años 1946-1947, cuando la tradición republicana se concretó en la República de todos los italianos.

Palabras clave: República, democracia, autonomías, deber, ciudadano.

Abstract: In the Italian history, the republican tradition, at least since the medieval communes, had been consolidated the idea of independence and self-government, through conjugation of power with human laws. The republican tradition, defeated and minority party in the Savoy's Italian monarchy, rested heavily on the myth of the Roman Republic of 1849. Emerging the peculiar factors of the «Italian tradition»: the centrality of secular values but also the moral matrix of political action, a civil religion of duty, the perspective of an autonomic and federal power. These were the principles of the «republican project»; that was kept alive by the late nineteenth century until the work of the Constituent Assembly of the years 1946-1947, when the republican tradition was realized in the Republic of Italians.

Key words: Republic, democracy, autonomies, duty, citizen.

* Traducción de Tomás Pérez Delgado. Universidad de Salamanca.

Premisa

Tomando como referencia los principales modelos republicanos —Estados Unidos y Francia—¹ y moviéndose, en cualquier caso, en la esfera de influencia de la cultura democrática europea, y mediterránea en particular², se puede constatar que las reivindicaciones que en la historia de la democracia occidental se han dirigido a «radicalizar» las ideas democráticas remiten a la presencia de formas republicanas de gobierno, entendidas como condición necesaria para garantizar la formación del «buen ciudadano» y la más idónea expresión de las virtudes cívicas³. Las diversas traducciones de democracia radical buscaban sus raíces a través de las herencias culturales de las Repúblicas y del republicanismo. Si entendemos la República como aquella comunidad de ciudadanos soberanos que se fundamenta en el gobierno de la ley y en la prosecución del bien público, podemos concebir el republicanismo sobre todo como una «pasión», civil y política al mismo tiempo. Caracterizándose por la centralidad asignada a los temas de la libertad moral del individuo y de la virtud civil, la todavía joven tradición republicana habría tenido su relevancia incluso en la Italia monárquica, tanto en el pensamiento político como en la promoción social.

Los defensores de la República han considerado a menudo a esta como homóloga a la democracia. En realidad, en las diversas tradiciones políticas nacionales no existen ni una concepción de República compartida por todos —ideales, utopía, proyecto, etc.— ni tampoco una única idea de democracia —liberal, radical, social, etc.—. Por eso, y pese a la tendencia a simplificar las antinomias —República-Monarquía, nación-separación, progreso-conservación, pueblo-‘privilegio’, etc.—, se requiere una reflexión lo más compleja posible del problema.

En la historia italiana, desde la época clásica hasta la contemporánea, hay una rica tradición tanto de formas republicanas de gobierno como de intérpretes autorizados del republicanismo⁴. Tal tradición había ido consolidando la idea de independencia, mediante la vinculación de los derechos con la potestad de

¹ HIGONNET, Patrice: *Sister Republics: the origins of French and American republicanism*, Cambridge, Harvard University Press, 1998. Véase también VON GELDEREN, Martin y SKINNER, Quentin (eds.): *Republicanism. A shared European heritage*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002. Sobre las tradiciones republicanas, VIROLI, Maurizio (ed.): *Libertà politica e virtù civile. Significati e percorsi del republicanesimo classico*, Torino, Fondazione Agnelli, 2004.

² RIDOLFI, Maurizio (ed.): «Repubbliche e republicanesimo. L'Europa meridionale (secoli XIX-XX)», *Memoria e Ricerca*, 9 (enero-abril 2002).

³ RIDOLFI, Maurizio (ed.): *La democrazia radicale nell'Ottocento europeo. Forme della politica, modelli culturali, riforme sociali*, Annale della Fondazione Gian Giacomo Feltrinelli (XXXIX-2003), Milano, Feltrinelli, 2005.

⁴ Sobre ese tiempo largo, de los orígenes clásicos hasta hoy, véase RICCI, Aldo G.: *La Repubblica*, Bologna, Il Mulino, 2001.

las leyes, aplicadas por un poder no tiránico en un preciso territorio bajo su jurisdicción. El republicanismo presupone la construcción de la patria republicana, lo que en la Italia del tiempo resultaba particularmente duro. Una forma republicana de gobierno habría debido aglutinar de hecho intereses generales sin degenerar ella misma en tiranía, como había sucedido en el caso de la aristocrática República de Venecia. Fue en el curso del Setecientos cuando el término patria se hizo casi sinónimo de República, en el sentido de su fundamentación en el plano ético y jurídico. Patria, libertad, virtudes cívicas y ciudadanía se convirtieron en puntos esenciales de la teoría del republicanismo, capaces de prefigurar lugares ideales en los que habrían podido afirmarse costumbres, gobiernos e instituciones, en grado suficiente como para poder asegurar una relación «virtuosa» entre el Estado y los ciudadanos.

Sin retrotraernos demasiado en la historia, fue con Giuseppe Mazzini (1805-1872), que propugnaba una nación italiana en un Estado unido, con quien la construcción de una tradición republicana tuvo su principal intérprete. Se habría alimentado esta de un redescubrimiento de las «Repúblicas perdidas», es decir, de aquellas formas de gobierno poco presentes en la memoria cultural pública, si bien bastante significativas: desde las instituciones de autogobierno de las Comunas medievales a las constituciones jacobinas de finales del Setecientos, y hasta la República romana de 1849, a través de la cual se definió el acto fundacional tanto de una tradición republicana enlazada con los antecedentes históricos de la península, como de un autónomo imaginario republicano⁵.

Por la Nación y el Estado republicanos: los proyectos de Giuseppe Mazzini

El pensamiento y la acción de Mazzini fueron, pues, fundamentales en Italia a la hora de representar el primer y más influyente terreno de elaboración de la estrategia republicana en el proceso de construcción, tanto de la nación como del Estado unitario⁶. Sobre todo desde el mismo arranque de la unificación nacional, en 1861, bajo el signo de la Monarquía de la Casa de Saboya, momento en que se produjo una muy amplia articulación de los proyectos internos al mundo democrático —entre republicanos ortodoxos y evolucionistas, revolucionarios y radicales, unitarios y federalistas—. Estaba en juego el nexo entre republicanismo, democracia y religión civil⁷, o sea, un proyecto que enlazaba tradiciones republicanas, perfil jurídico-institucional y prioritaria dimensión moral, así como prácticas asociativas y representaciones simbólico-rituales de la acción política.

⁵ Cfr. SPADOLINI, Giovanni: *L'Italia repubblicana*, Roma, New Compton, 1988.

⁶ Cfr. BALZANI, Roberto: «Il problema Mazzini», *Ricerche di Storia Politica*, 2 (junio 2005).

⁷ Cfr. SARTI, Roland: *Giuseppe Mazzini. La politica come religione civile*, Roma-Bari, Laterza, 2000.

En la Europa del siglo XIX, entre demandas democráticas y fenómenos difusos de radicalismo político⁸, y desenvolviéndose en una realidad como la italiana, en la que a la falta de derechos asociativos se unía la fragmentación territorial del país, Mazzini logró su verdadera y propia obra maestra política: afirmar la centralidad de la nación política en el contexto de reivindicación de un Estado unitario con forma republicana de gobierno. Buscando como referente, de manera crítica, los principios de ilustración y revolución francesa, señalaremos que fue a lo largo de los años treinta del siglo XIX, y con Mazzini, cuando el pensamiento político democrático definió en Italia una capacidad propia de organización y de proyecto con respecto al modelo de gobierno liberal, reavivando la idea de República que había vuelto a emerger en los años jacobinos; una idea de Italia que se debía plasmar en un Estado unitario con forma republicana⁹. La cultura democrática asumió una nueva dimensión, con originales aportes teóricos sobre temas de la organización política, de la nacionalidad y de la participación de los ciudadanos en la vida de las instituciones. Incluso constreñido al exilio —entre Francia, Suiza e Inglaterra—, Mazzini planteó de hecho un ideal republicano vivificado por el encuentro entre valores histórico-culturales de la nación italiana y una imagen de la patria como asociación democrática de individuos libres, de ciudadanos llamados a un responsable espíritu de servicio hacia las instituciones.

En Mazzini, el amor por los ideales republicanos, propio del ambiente político-cultural de los revolucionarios europeos en sus años juveniles, procedía sobre todo del clásico estudio de Simonde de Sismondi, donde justo se valoraba el legado de las Repúblicas italianas del medioevo. Mazzini meditaba y manifestaba una y otra vez cuanto Sismondi había escrito en su *Historia de las Repúblicas italianas* (1826).

Los italianos sucumbieron como nación, pero las parcelas de su gran unión social, las ciudades, los burgos, los primeros elementos, en cualquier forma, de que estaba constituida la nación se volvieron a levantar y se defendieron por cuenta propia. [...] Los italianos buscaron el bien de todos, no el bien de los señores a costa de los siervos; sintieron en primer lugar en el corazón y reconocieron después en la mente que tenían aún una patria; fueron los primeros en desplegar por ella aquellas virtudes públicas de las que ofrecieron ejemplo a Europa. [...] Su ejemplo iluminó las comunas o las asociaciones más humildes que se habían formado en las ciudades del resto de Europa y que las imitaban de lejos; a su experiencia se dirigió la meditación de algunos hombres superiores, formados en el gobierno de las Repúblicas italianas, que se elevó de la práctica a la teoría de la sociedad civil y que mostró no sólo a su compatriotas, sino a todos los hombres y en todas las épocas venideras, cuál tendría que ser el

⁸ RIDOLFI, Maurizio: «Visions of republicanism in the writings of Giuseppe Mazzini», *Journal of Modern Italian Studies*, 13, 4 (diciembre 2008), pp. 468-479.

⁹ Sobre el unitarismo republicano de Mazzini, BAGNOLI, Paolo: *L'idea dell'Italia 1815-1861*, Reggio Emilia, Diabasis, 2007, pp. 208-243.

fin hacia el que debían tender las asociaciones humanas y cuáles debían ser los medios empleados por ellas para conseguirlo. [...]

Numerosos elementos extraídos así de las Repúblicas italianas del Medievo se difundieron por toda Europa; recogiendo hoy los frutos, no olvidamos sobre qué suelo se los vio nacer por primera vez¹⁰.

Si bien el papel hegemónico asumido en el *Risorgimento* por el «partido» moderado y filo-saboyano habría impedido a los proyectos de Mazzini encontrar una continuidad en la construcción del nuevo Estado nacional, también es cierto que en Italia se echaron los cimientos de una tradición republicana autónoma en el plano político —y no sólo cultural—. El horizonte democrático se cruzó con aquel otro, nacional, de los pueblos empeñados en la conquista de su independencia; no sólo en Italia y en Alemania, sino también en el corazón de la Europa central, en Polonia y en Hungría. Esto ocurrió, en primer lugar, en razón de las oportunidades que se crearon con la movilización de las élites republicanas; y en segundo término, porque el nexo entre democracia y nación siguió siendo operativo cuando la prioridad fue asumida por la estructuración de modernas y legales formas de organización y participación política, como fue el caso de la Joven Italia, la organización creada por Mazzini en 1831¹¹.

Utilizando un punto de observación, al mismo tiempo inglés y europeo, el recorrido de la formación política de Mazzini contribuyó al desarrollo del pensamiento democrático europeo. Fue en el exilio inglés donde Mazzini escribió los artículos «Thoughts upon Democracy in Europe», publicados en Londres en el *People's Journal* entre 1846 y 1847. Representaron un manifiesto programático de amplio aliento. En esos escritos mazzinianos —se ha observado— «resultaba evidente el nexo entre el concepto de nacionalidad y el concepto de democracia: todo hombre es ciudadano en cuanto miembro de una nación libre; la nacionalidad le dota de una identidad ética y jurídica». Y también:

de la libertad de las naciones derivan las libertades de cada ciudadano individual; y de la igualdad jurídica de los ciudadanos deriva el principio del sufragio universal que da el derecho a participar con el voto en la vida política de la nación.

A través de aquellos textos, Mazzini mostraba «una inclinación concreta hacia la democracia como forma de gobierno y como orientación doctrinal. [...] Diseña[ba]

¹⁰ SISMONDI, Jean-Charles-Leonard Sismonde de: *Storia delle Repubbliche italiane*, Torino, Bollati Boringhieri, 1996, con particular referencia a las Repúblicas comunales entre los siglos X y XIII. La primera edición en italiano se publicó en Lugano en 1833. Véanse asimismo las reflexiones sobre las «Repúblicas perdidas» de CERRONI, Umberto: *L'identità civile degli italiani*, Lecce, Piero Manni, 1997, pp. 179-189.

¹¹ DELLA PERUTA, Franco: *Mazzini e i rivoluzionari italiani. Il «partito d'azione» 1830-1845*, Milano, Feltrinelli, 1974.

una política de izquierda siguiendo una línea ‘cartista’, que tendría en su base una general voluntad educativa»¹².

Es, sin embargo, al mundo de la emigración política y a las relaciones humanas y asociativas determinadas en aquel contexto, hacia donde es preciso mirar para extender la indagación sobre la democracia republicana y radical europea. La misma biografía política y cultural de Mazzini debe inducir a emprender con mayor empeño este camino de investigación. Esto es válido para los contactos con la vida civil y social inglesa, pero quizá vale la pena también volver a meditar sobre las influencias que tuvo en Mazzini, después de Francia y antes de arribar a Inglaterra, la Suiza republicana y protestante. Baste pensar en la inclinación hacia la religión asumida por Mazzini, según aquel nexo entre *Fe y porvenir* sobre el que él ya escribió en 1835 y que desde entonces habría orientado su peculiar concepción acerca de la «religión de la humanidad».

La República romana de 1849

Si se había estado en la línea de la revolución francesa del 1789 cuando se había desarrollado en Italia la simbología democrática originaria —a través de la adaptación de modelos estéticos neoclásicos—, fue sobre todo con La República romana de 1849 como la tradición republicana italiana acabó teniendo un mito fundacional propio y pudo aspirar a una legitimación igualmente propia en el plano simbólico-ritual.

Como sucedió también en otras partes, al evocar el espectro de la revolución radical y jacobina, la hipótesis de un poder constituyente quedó excluida en el proceso de formación del Estado nacional¹³. Análogamente, sin embargo, a cuanto se produjo en el constitucionalismo liberal europeo, también en Italia la concesión del Estatuto albertino por parte de la Casa de Saboya (en marzo de 1848) reflejaba el principio de que la legitimación de la acción de gobierno derivaba de la raíz representativa garantizada por una ley constitucional. La diferencia fue que en Italia la excepcional presencia de la Asamblea Constituyente en la República Romana (febrero-julio de 1849) y, por eso mismo, la aprobación de la Constitución¹⁴ ofreció a los demócratas un potente pretexto para consolidar la identidad política antagónica respecto a las instituciones monárquicas, consideradas como carentes de

¹² MASTELLONE, Salvo: «Introduzione», en G. Mazzini, *Pensieri sulla democrazia in Europa*, Milano, Feltrinelli, 2005, p. 64; del mismo autor: *Mazzini and Marx. Thoughts upon Democracy in Europe*, Westport, Greenwood-Praeger Press, 2003; *Mazzini scrittore politico in inglese. 'Democracy in Europe' (1840-1855)*, Firenze, Olschki, 2004.

¹³ En ROMANELLI, Raffaele (ed.): *Storia dello stato italiano dall'Unità a oggi*, Roma, Donzelli, 1995, véanse POMBENI, Paolo: «La rappresentanza politica», pp. 72-80; y FIORAVANTI, Maurizio: «Le dottrine dello Stato e della costituzione», pp. 408-411.

¹⁴ MANZI, Irene: *La Costituzione della Repubblica Romana del 1849*, Ancona, Affinità elettive, 2003.

un acontecimiento que poseyera el mismo significado legitimador. Aquel ejemplo histórico pretendía romper con el esquema del constitucionalismo monárquico: la «República romana» había tenido su propia «constituyente». Así pues, el término «constituyente» se convirtió, por decirlo con una famosa expresión del liberal moderado Ruggero Borghi, en «una palabra suave para decir revolución», y no en último lugar porque quien la invocaba era el «partido republicano» de Manzini.

La intuición mazziniana de la Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal resultó decisiva en la construcción del imaginario republicano y de una tradición política que había vuelto a enlazar finalmente con los antecedentes mismos de la historia nacional. En tanto se conseguían «los Comicios con sufragio universal» —observó el diputado democrático Angelo Brofferio—, «de la urna de la Asamblea Nacional resucita[ba] gloriosa y triunfante la República del Capitol»; «es una nación que se regenera»¹⁵. Y si entonces faltaba entre los partidarios de la República un proyecto acabado de reforma constitucional¹⁶, se puso el énfasis en el valor de ejemplo y de símbolo de la República romana, justamente en razón de la legitimidad conquistada gracias al sufragio universal y a la Asamblea Constituyente.

Cuando se alcanzó la sanción electiva y popular de la República romana con el establecimiento de la Asamblea Constituyente, las nuevas instituciones se sustentaron en un reiterado movimiento de festejos públicos, mezclados con las simultáneas diversiones del carnaval. Reverdeció difusamente el legado de la experiencia revolucionaria jacobina, con toda su riqueza de símbolos y ritualidad, con la particularidad de que era un gobierno el que convertía en oficial e institucional la «traducción» de representaciones inconográficas —la alegoría femenina— y de simbologías —tanto de la «tradición» clásica romana —el águila, el fascio— como de la jacobina —el árbol de la libertad, el gorro frigio—, introducidas ya en el patrimonio de la cultura republicana europea. También se propagó, en el breve lapso de pocos meses, la celebración de fiestas oficiales y fiestas espontáneas, que por primera vez irradiaban desde las ciudades a los centros agrarios. Se reanuda los hilos de la memoria revolucionaria, transfigurando en la exposición pública de antiguos símbolos la afirmación de los modernos valores de la democracia y de la ciudadanía¹⁷.

Fue invocando aquel acontecimiento —también por efecto de la fuerte desconfianza que *Mazzini* nutría hacia la revolución de 1789 en su versión jacobina¹⁸—

¹⁵ BROFFERIO, Angelo: «Per la Repubblica Romana», giro del 28 febrero de 1849, en A. Nota (ed.), *Sessant'anni di eloquenza parlamentare (1848-1908)*, vol. 1: *Il Parlamento Subalpino*, Genova, A. F. Formiggini Editore, 1912, p. 146.

¹⁶ POMBENI, Paolo: *La Costituente. Un problema storico-politico*, Bologna, Il Mulino, 1995, pp. 19-22.

¹⁷ MATTARELLI, Sauro (ed.): *Politica in periferia. La Repubblica Romana del 1849 fra modello francese e municipalità romagnola*, Ravenna, Longo, 1999.

¹⁸ GIRARD, Louis: «Mazzini et la France», en VVAA, *Mazzini e il mazzinianesimo*, Roma, Istituto

como la «Italia republicana» resultó refractaria a la recepción de los modelos de las Repúblicas de allende los Alpes. En su «hacerse» y en su corresponder al «espíritu» popular del *Risorgimento*, la tradición republicana de ascendencia mazziniana revelaba, en suma —piénsese en Aurelio Saffi, antiguo triunviro de la República romana—, el fuerte nexo entre la idea de un pueblo que aspiraba a *far da sé* y la insistencia en el anclaje en la historia nacional, la de las Comunas medievales, en primer lugar.

Los demócratas «vencidos» frente a la unificación estatal y nacional

En la medida en que la proclamación de la II República francesa en 1848 había diseminado por Europa una contaminación revolucionaria, del mismo modo, la ‘muerte’ de la República, con el golpe de Estado de 2 de diciembre de 1851 y el advenimiento del II Imperio de Napoleón III, indujo una precisa y autocrítica reflexión en el mundo democrático-republicano, en Francia y fuera de ella. Al mismo tiempo, lo acaecido en Francia con la llegada del II Imperio de Napoleón III produjo en una parte, al menos, de los republicanos italianos, un cambio de actitudes hacia el problema del Estado y de las instituciones, por más que en Italia fuesen estas las de la Monarquía.

En el mundo republicano emergió una «política radical», inclinada a construir la posibilidad de actuar en pro de un progreso civil y democrático incluso en presencia de un sistema de gobierno no precisamente republicano. Se determinó así el distanciamiento de Manzini de una parte de sus seguidores. Influyeron seguramente en ello los contragolpes que siguieron al fracaso por los muertos populares de 1848 y las polémicas surgidas sobre el método insurreccional apuntado por Mazzini para dar cumplimiento a la revolución nacional, particularmente desde el momento inmediatamente posterior al fracaso del movimiento de febrero de 1853 en Milán¹⁹. Sin embargo, incluso antes, la distinción entre seguidores de Mazzini y demócratas radicales se había perfilado ya en el juicio dado sobre el 2 de diciembre francés. Temiendo influjos negativos en sus filas, a causa de la derrota sufrida por los republicanos y por su amigo personal Ledru-Rollin, Mazzini achacó abiertamente a la «doble moral» del pueblo francés la causa de la muerte de la República, proyectando sobre Italia y sobre Hungría —las «jóvenes naciones» de Europa— las futuras expectativas revolucionarias. En realidad, ya los resultados del segundo plebiscito —desarrollado el 21-22 de noviembre de 1852, con un

para la Historia del *Risorgimento*, 1974, pp. 131-145. En realidad, existe un cierto hilo de continuidad entre Mazzini y la Revolución francesa de fines del Setecientos, en la línea de la interpretación avanzada por Alessandro Galante Garrone: SPADOLINI, Giovanni: *L'Italia repubblicana...*, op. cit., pp. 10-11 y las notas de pp. 44-46.

¹⁹ POLO FRITZ, Luigi: «Kossuth-Mazzini. La disputa in margine al 6 febbraio 1853», *Il Risorgimento*, 2 (1990), pp. 237-252.

porcentaje de síes próximo al 96,8%—, hicieron mirar de modo diferente tanto a Napoleón como a su política.

Emblemático fue el juicio formulado por Carlo Cattaneo (1801-1869), jefe de fila teórico y político del radicalismo italiano, democrático y federalista. Según Cattaneo —se ha dicho—

el 2 de diciembre no significaba el fin de la República, sino que parecía más bien una transición, violenta pero inevitable, a la necesaria eliminación de la más feroz amenaza contra la democracia, la representada por la mayoría conservadora de la Asamblea Legislativa²⁰.

Cattaneo continuaba pensando que la reafirmación de un papel central de Francia en Europa habría podido favorecer el restablecimiento de la democracia²¹. Junto con Mazzini, también se debe a Cattaneo la fundación en los años del *Risorgimento* nacional de una tradición republicana italiana; es más, Cattaneo, considerando las «libertades republicanas» como algo que iba más allá de las libertades «burguesas» derivadas de la Revolución Francesa, habría mantenido quizá aún mejor que Mazzini el fuerte nexo existente entre la idea de patria republicana y la tradición de las Comunas ciudadanas.

Proviene de entonces la formación, junto al republicanismo unitario de Manzini, no de una, sino de varias corrientes democráticas: el republicanismo federalista de Carlo Cattaneo y Giuseppe Montanelli, el republicanismo federalista y socialista de Giuseppe Ferrari y el republicanismo socialista y conspirativo de Carlo Pisacane. Mazzini se enfrentó al socialismo y al federalismo; admiró a Cattaneo y colaboró con Pisacane en cuanto partícipe de sus proyectos insurreccionales. Pero en resumen, entre los demócratas italianos se generó un estado de ánimo, antes incluso que un programa político, que habría visto a una parte de ellos, si queremos decirlo así, entrar en la última fase del *Risorgimento* nacional como *republicanos mazzinianos* y salir de ella como exponentes de una *democracia radical*, empeñados en completar la unificación nacional al lado de la clase dirigente monárquico-liberal y dispuestos a introducirse en las instituciones del Reino de Italia para representar a la oposición y sostener la expectativa de una «revolución democrática»²².

²⁰ DE FRANCESCO, ANTONIO: «Les interprétations du coup d'Etat du 2 Décembre en Italie», en S. Aprile, N. Bayon, L. Clavier, L. Hincker, y J.-L. Mayaud (dirs.), *Comment meurt une République. A tour du 2 Décembre 1851*, Paris, Éditions Créaplus, 2004, pp. 223-229 (p. 227 para la cita).

²¹ Acerca de la gestación del proyecto nacional y democrático de Cattaneo en la emigración en Suiza, MOOS, CARLO: *L'«altro» Risorgimento. L'ultimo Cattaneo tra Italia e Svizzera*, Milano, Franco Angeli, 1992. Véase también DELLA PERUTA, FRANCO: *Cattaneo politico*, Milano, Franco Angeli, 2001.

²² GALANTE GARRONE, ALESSANDRO: *I radicali in Italia 1849-1925*, Milano, Garzanti, 1973.

Mientras a los ojos de los demócratas europeos se suspendía temporalmente el juicio sobre el modelo republicano francés, era la democracia anglosajona la que surgía como modelo de referencia. En la Italia ya unificada, quienes consideraban que las democracias anglosajonas se hallaban en una vía privilegiada estaban interesados en la bondad de las costumbres —las asociaciones— y de las instituciones —la descentralización administrativa—. En los artículos que Alberto Mario publicó en el periódico *La nuova Europa*, que se publicaba en Florencia, las opciones federalistas remitían a John Stuart Mill y a sus *Consideraciones sobre el gobierno representativo* (1861)²³. Todavía más emblemático fue el caso de un mazziniano de estricta observancia como Aurelio Saffi. Habiendo pasado también él un largo período de exilio político en Inglaterra, Saffi valoró de su experiencia las modernas formas de la vida civil y política —los mítines, las peticiones populares, el papel de la opinión pública en el control del poder, las asociaciones—. En el caso americano y, por eso, en el de un Estado republicano, Saffi se adentró hasta prefigurar un posible y más sistemático «modelo político»; lo hizo a través de las *Lecciones del otro lado del Atlántico*, que escribió a partir de junio de 1865 en el periódico napolitano *Il Doverè*²⁴. Federalismo, descentralización administrativa y amplio pluralismo asociativo, según lo subrayado por Alexis de Tocqueville en su *Democracia en América*, le parecieron los actores constitutivos del modelo estadounidense²⁵. Tuvieron un fuerte influjo en tal sentido los resultados de la guerra civil, con la abolición de la esclavitud, tema que a menudo había alimentado las críticas de los demócratas hacia la República estadounidense²⁶. Por lo demás, ya Mazzini había rechazado adherirse al federalismo republicano estadounidense y sólo tras la Guerra de Secesión, con la abolición de la esclavitud, hizo caer los fuertes prejuicios morales levantados frente al sistema de valores de la sociedad ame-

²³ BOCCHI, Andrea y PALAZZOLO, Claudio (coords.): «Giuseppe Mazzini e John Stuart Mill», *Bollettino della Domus Mazziniana*, a. L. (2004.) Sobre la recepción de Stuart Mill por el liberalismo radical italiano, URBINATI, Nadia: *Le civili libertà. Positivismo e liberalismo nell'Italia unita*, Venezia, Marsilio, 1990, pp. 66 y ss.

²⁴ Cfr. SAFFI, Aurelio: «Lezioni d'oltre l'Atlantico», en *Ricordi e scritti di Aurelio Saffi*, Firenze, Barbera, 1902, vol. VIII, pp. 261-266, según el cual, en la Europa de los poderes centralizados pesaba también la herencia del modelo de la República revolucionaria francesa. Esta —según observó Saffi— «exageró el sistema, en vez de abatirlo; agitó el mundo de las ideas con sus teorías de libertad; pero, al no trascender con sus actos el terreno de las tradiciones monárquicas en el orden administrativo del Estado, preparó el camino al Imperio», p. 265. Para mayor información, véase ANGELINI, Giovanna, COLOMBO, Arturo y GASTALDI, V. Paolo: *La galassia repubblicana*, Milano, Franco Angeli, 1998, pp. 113-116, en particular.

²⁵ RIDOLFI, Maurizio: «*La Démocratie en Amérique di Tocqueville e la sua ricezione nell'Italia del Risorgimento*», en D. Fiorentino y M. Sanfilippo (eds.), *Gli Stati Uniti e l'Unità d'Italia*, Roma, Gangemi, 2004, pp. 133-140.

²⁶ BONAZZI, Tiziano y GALLI, Carlo (eds): *La guerra civile americana vista dall'Europa*, Bologna, Il Mulino, 2004.

ricana²⁷. Respecto al modelo republicano americano, Saffi entreveía no obstante múltiples dificultades al plantear que aquella forma de gobierno pudiese «arraigar en Europa», y eso a causa de la falta de una tradición cívica capaz de adiestrar a los ciudadanos en el ejercicio de la responsabilidad democrática y de mantener despierta «la práctica y la virtud pública», «desde el municipio hasta la nación»²⁸.

Así, inmediatamente después de la unificación nacional, Mazzini se vio obligado a rediseñar la jerarquía de las prioridades, tanto respecto a la forma monárquica de gobierno asumida por el Estado, como respecto a las diferenciaciones ya en curso entre sus seguidores y, por eso mismo, a redefinir el nexo existente entre nación de los italianos —en construcción— y Estado —monárquico y no republicano—. Fue inducido a considerar con más realismo aún la perspectiva de la República —en caso de que llegase— y el papel de los republicanos, a quienes asignó una prioritaria función patriótica, moral y educativa. Sin embargo, su vida ya declinaba. Retornó del exilio poco antes de morir. Si tras la caída de la República romana de 1849 se había comportado a menudo como una suerte de jefe de gobierno republicano en el exilio, no pudo reconocer en la Italia unificada la patria en cuyo favor había consumido tantas energías y, según se ha señalado, «no había una República para acogerlo, sino sólo lugares y memorias»²⁹. Fue un sentimiento de alejamiento moral y político de las instituciones monárquicas, que sería tercamente alimentado por sus más convencidos herederos, empeñados en construir un universo axiológico alternativo y un «sistema» autónomo de signos, símbolos y lugares de memoria republicana³⁰.

La alternativa republicana a la Monarquía nacional

En 1859-1860 se convocaron diversos plebiscitos para sancionar la anexión de los nuevos territorios centro-septentrionales y legitimar el nacimiento del Reino de Italia; una circunstancia reivindicada por la clase dirigente monárquica y rechazada, en cambio, por mazzinianos y republicanos, acordes en denunciar la manipulación y, en consecuencia, la falsedad del voto³¹. Deberían haber sido otras las prioridades de la acción política demandada a los demócratas.

²⁷ ROSSI, John: *The Image of America in Mazzini's Writings*, Madison (WI), University of Wisconsin Press, 1954.

²⁸ SAFFI, Aurelio: «Lezioni d'oltre...», *op. cit.*, pp. 261 y 264-265 para las citas.

²⁹ VIROLI, Maurizio: *Per amore della patria. Patriottismo e nazionalismo nella storia*, Roma-Bari, Laterza, 1995, p. 153.

³⁰ Acerca de la «República de los Italianos», véase RIDOLFI, Maurizio (coord.): *Almanacco della Repubblica. Storia d'Italia attraverso le tradizioni, le istituzioni e le simbologie repubblicane*, Milano, Bruno Mondadori, 2003. Para un perfil de largo tiempo, RIDOLFI, Maurizio: «L'idée républicaine en Italie», en P. Baquiast y E. Dupuy (dirs.), *L'idée républicaine en Europe XVIII-XXI siècles*, Paris, L'Harmattan, 2007, pp. 85-100.

³¹ Para la naturaleza de los plebiscitos de anexión como «ceremonia solemne», así como para el modelo bonapartista en la Francia del II Imperio, y al contrario, sobre cómo Víctor Manuel II consideraba

En el curso de los años sesenta, mientras iba perdiendo impulso la perspectiva de una democracia republicana europea, al lado de la centralidad de la nación como factor de identidad y de movilización se colocó, hasta casi sobreponerse, la exigencia de los movimientos sociales de dar respuesta a los desafíos del desarrollo económico y de la organización del mundo del trabajo. Las legislaciones públicas se mostraban menos recelosas que en el pasado hacia asociaciones como los montepíos de socorro mutuo, las cooperativas o los sindicatos obreros. Pudiendo controlar más fácilmente su desarrollo, el Estado liberal reconocía incluso en Italia un ropaje legal a las modernas asociaciones de solidaridad social y del mundo popular.

El decisivo privilegio acordado por Mazzini y sus seguidores a la organización del asociacionismo obrero —con reiteradas, aunque fracasadas, tentativas insurreccionales— se ajustó a una línea política intransigente, abstencionista en el plano electoral y cargada de prejuicios antimonárquicos por lo que conlleva a la forma institucional. En la concepción política mazziniana —se ha observado— el asociacionismo se presentaba como una suerte de «filosofía de las relaciones entre individuo y sociedad, en nombre de una libertad capaz de educar, en cuanto, por un lado, responsabiliza a los ciudadanos y, por otro, presupone la emancipación de la esclavitud de la necesidad»³². Conforme a la fórmula mazziniana de «capital y trabajo en las mismas manos», diferente tanto del liberalismo individualista como del socialismo colectivista, se pusieron las premisas de aquel amplio movimiento de cooperativas republicanas levantado ya en el segundo Ochocientos, en el que se conjugaban los intereses económicos con un aprendizaje educativo. Entre los sucesores de Mazzini, fue Aurelio Saffi quien supo señalar en el republicanismo mazziniano una especie de guía moral de la nación y en la «asociación» el nexo entre acción social y libre pensamiento individual.

En el movimiento mazziniano del primer decenio posterior a la unidad, la organización social llegó a adquirir un peso creciente, primero mediante un Acto de Fraternidad (Nápoles, 1864) y después con un propio y verdadero Pacto (Roma, 1871). Este organismo consumó su peripecia de más de veinte años sin lograr superar, sin embargo, la ambigüedad de una identidad oscilante entre la función social y la política. Sin embargo, dando cumplimiento a una directiva del Pacto, se constituyeron diversas uniones abiertamente republicanas, de carácter federativo y regional. Aprovechando las herencias de la cultura asociativa mazziniana, pero

insufribles las ceremonias de Estado, véase MARTUCCI, Roberto: *L'invenzione dell'Italia unita 1855-1864*, Milano, Sansoni, 1999, pp. 247-278.

³² MATTARELLI, Sauro: «Repubblicani senza Repubblica», en M. Ridolfi (coord.), *Almanacco della Repubblica...*, *op. cit.*, p. 8.

a través de una clara opción legal, las uniones representaban un grado ulterior de formalización de la identidad política y cultural de aquella «parte» —minoritaria y derrotada— de los italianos que se reclamaba de los ideales republicanos. Era clara, en cualquier caso, la percepción del cambio de los tiempos en Aurelio Saffi, sagaz muñidor de una difícil mediación entre la tradición mazziniana y el «partido» de los defensores de la República, e intérprete no sólo del papel de notable democrático en su tierra —Forlì y la Romaña—, sino también de las ascendencias del radicalismo anglosajón. Las raíces se encontraban fuera del parlamento, allá donde se favorecía el apredizaje de la democracia: en el plano de la participación electoral en las competiciones locales y en el gobierno de los Ayuntamientos³³. Sin embargo, en la Italia monárquica, el republicanismo cosiguió penetrar sólo en aquellas áreas donde pudo poner a punto asociaciones en defensa de los sectores populares, sobre todo cuando se pudo acompañar esto con la dirección de las administraciones locales: en primer lugar en Romaña³⁴, pero también parcialmente en otros lugares —sobre todo en las Marcas y en Liguria, dentro de Piamonte y de Lombardía, dentro de Toscana, Umbría y el Lacio, así como en Sicilia—.

En los decisivos años de la unificación nacional, Mazzini se había encontrado en una posición marginal respecto a la evolución de los acontecimientos, atento no obstante a hacer frente a la recepción del socialismo y del anarquismo entre sus más jóvenes seguidores. Insistió en valorar la lucha nacional sobre la lucha de clases; correspondía al movimiento democrático, portavoz de los trabajadores, completar la unificación nacional. Le inspiró un sentimiento internacionalista que tenía como referente Europa, pero no el internacionalismo de matriz social y libertaria. Ese fue el caso, por el contrario, de cuantos —ex mazzinianos, republicanos, anarquistas y socialistas de la más variada índole— gravitaban en Italia en torno al periódico *La Plebe* (1868-1883), considerado habitualmente como el «laboratorio» de una cultura política socialista³⁵, pero cuyas originarias inclinaciones garibaldinas, pacifistas y federalistas no eran extrañas tampoco al clima de la naciente democracia radical europea.

Si con la caída de la República romana de 1849 se eclipsaron al menos por un ventenio la simbología y las imágenes democráticas, con la conquista de Roma en 1870 por el ejército saboyano se reabrió el problema de la legitimidad política del Reino de Italia y de la misma oposición democrático-republicana. La culminación de la revolución nacional bajo las banderas saboyanas y sin la legitimidad aún de

³³ BALZANI, Roberto: *Aurelio Saffi e la crisi della sinistra romantica (1882-1887)*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1988.

³⁴ RIDOLFI, Maurizio: *Il partito della Repubblica. La Consociazione repubblicana romagnola e le origini del Pri nell'Italia liberale (1872-1895)*, Milano, Franco Angeli, 1989.

³⁵ GIOVANNINI, Claudio: *La cultura della «Plebe». Miti, ideologie, linguaggio della sinistra in un giornale d'opposizione dell'Italia liberale (1868-1883)*, Milano, Franco Angeli, 1984, pp. 31-33 sobre los republicanos federalistas.

una constituyente popular espoleó la componente más radical del mundo democrático a la hora de reivindicar abiertamente la alternativa institucional republicana. Se fue perfilando sólo entonces un minoritario y reducido, pero visible, «culto de la República», con sus correspondientes apoyos rituales y simbólicos.

En el ámbito de la democracia europea emergían los factores peculiares de la «tradición italiana»: la centralidad de los valores laicos y la matriz moral de la acción política en la definición de una religión civil del deber, tan rica en símbolos y rituales como extensible a cualquier momento de la vida del militante republicano —del bautismo al funeral—³⁶; un municipalismo democrático no privado de relevancia en algunas áreas centro-septentrionales de la Italia liberal y que se legitimaba en el plano histórico-cultural también mediante la reinención del mito de las comunas medievales³⁷; y, finalmente, la reivindicación de una redistribución del poder en términos autonómicos y federalistas, promovida por Carlo Cattaneo y la «escuela» de sus diversos herederos, según las líneas de un «proyecto republicano» que se mantuvo vivo desde el segundo Ochocientos hasta los trabajos de la Asamblea Constituyente de los años 1946-1947³⁸. El proyecto se transformó en mito político incluso en el plano literario, a través sobre todo de la poesía civil de Giosuè Carducci³⁹, su más autorizado y popular intérprete, en algunos aspectos parangonable a Víctor Hugo en el caso de Francia. Se alimentaba aquel de un clasicismo bien visto por la pequeña y media burguesía intelectual, fascinada por la antigua Roma y por las Comunas libres de la Edad Media y propensa a manifestar su propio disenso frente al *Risorgimento* «inacabado», en nombre de una religión de la patria y de una memoria cultural que no fuesen sólo de signo saboyano.

Se reservó una atención especial a los símbolos y a las imágenes a través de las cuales la idea republicana llegaba a ser fuente de identidad y de representación pública. Mediante una continua correlación entre la «traducción» de los símbolos revolucionarios franceses —el gorro frigio, el árbol de la libertad, el fascio, la Marsellesa, el rostro femenino de la República—, la emergencia de los símbolos más propiamente ligados a la historia italiana —en particular el *Canto de los Italianos*, de Godofredo Mameli⁴⁰, muerto en la defensa de la República romana

³⁶ CONTI, Fulvio: «Il «buon repubblicano»: la pedagogia democratica», en M. Ridolfi (coord.), *Almanacco della Repubblica...*, op. cit., pp. 97-106.

³⁷ SORBA, Carlotta: «Il mito dei comuni e le patrie cittadine», en *Ibidem*, pp. 119-130. Acerca del disputado intento de recuperar la tradición del municipalismo republicano, en el contexto de un renaciente mito del Medioevo, véase BALZANI, Roberto: *Aurelio Saffi...*, op. cit., pp. 73-82.

³⁸ TESORO, Marina: «Il federalismo democratico. Dal Risorgimento all'Assemblea Costituente», en M. Ridolfi (coord.), *Almanacco della Repubblica...*, op. cit., pp. 131-144.

³⁹ BIONDI, Marino: «La «Repubblica delle lettere». Carducci e la poesia civile», en *Ibidem*, pp. 107-118.

⁴⁰ PRIVATO, Stefano: «Il Canto degli Italiani: l'Inno di Mameli, gli inni politici e la canzone popolare», en *Ibidem*, pp. 145-160.

de 1849— y el nuevo significado de carácter nacional dado por Mazzini al tricolor —ya afirmado en los años jacobinos—, se dibujó un articulado panorama acerca de la formas y los lenguajes —iconográfico, musical, artístico— tanto del imaginario republicano en tiempo del rey, como de la más longeva tradición republicana en la historia italiana⁴¹. Se surtió de «colores» al republicanismo italiano. Las banderas siguieron siendo esencialmente las rojas, revolucionarias, de la República romana de 1849. Pero no se renunció al color «francés» ni siquiera tras la ruptura con la Internacional y tras el desgarró mazziniano con respecto a la Comuna de París, aunque fue a menudo flanqueado por el color negro, anarquizante, que evocaba el perenne luto mazziniano por la patria todavía incompleta en el plano institucional, y después por el verde, masónico, que se remitía a los colores de la hiedra, símbolo floreal elegido en 1834 por Mazzini para la *Joven Europa*. En cualquier caso, siempre estaba presente el tricolor italiano.

Fue por el contrario en el cuadro de una creciente personalización de la iconografía popular como tomó forma un significativo culto laico de Mazzini. Las jornadas del 10 de marzo, aniversario de su muerte (en 1872), y menos frecuentemente las del 22 de junio, aniversario de su nacimiento, se convirtieron en las ocasiones principales no sólo para la difusión de la publicística encomiástica, sino también para la inauguración de lápidas, inscripciones murales, estatuas y —más raramente— monumentos, gracias a los cuales, al rendir homenaje a la memoria de Mazzini, se logró insertar los ideales republicanos, como una cuña, en el escenario de los decorados urbanos. Junto con la fecha de la muerte del apóstol y con el aniversario de la República romana, el calendario democrático comprendía la conmemoración tanto de las gestas de la epopeya popular del *Risorgimento* —las cinco jornadas de Milán, Mentana, etc.—, como la de los mártires republicanos —el antimilitarista Pietro Barsanti y el irredentista Guglielmo Oberdam en particular—. Sin embargo, una vez apagada la participación emotiva de los primeros años, aquellos rituales civiles, cuando eran permitidos por las autoridades, no consiguieron sustraerse a manifestaciones cada vez más repetitivas y carentes de impacto, más allá de los reducidos grupos de seguidores. Finalmente se convertirían más en un cerrado «rito de la añoranza», políticamente estéril incluso en su carga antagónica, que en un efectivo rito de regeneración moral y política.

En la proliferación tardo-decimonónica de conmemoraciones y fiestas civiles, la remembranza de Mazzini tuvo una verificación más visible en los ritos civiles promovidos por seguidores que en la materialización simbólica de sus ideales. La negación de espacios públicos por parte de las autoridades y la prevalencia acordada a otros medios de transmisión del recuerdo concurrieron, por tanto,

⁴¹ RIDOLFI, Maurizio: «El culto de la República en los tiempos del rey. Lugares de la memoria y símbolos republicanos en la Italia liberal», *Historia social*, 29 (1997), pp. 111-128.

a limitar una extensa monumentalización de la memoria de Mazzini y a afirmar por el contrario la primacía del binomio Víctor Manuel II-Garibaldi. En el exiguo número de monumentos en piedra y bronce erigidos en honor de Mazzini, el más significativo se colocó en Génova, lugar de nacimiento y de entierro de sus restos mortales. El 22 de junio de 1882 fue inaugurado un suntuoso monumento, en el que se emplearon los ingresos de la suscripción abierta inmediatamente tras su muerte; se quiso hacer una *Nella proliferazione una «fiesta nacional»*⁴², ofreciendo un ejemplo impresionante de sacralización del culto laico y de la religión política que se reclamaban de Mazzini. Bastante más tortuoso fue, por el contrario, el camino a través del cual se llegó a construir en la capital un monumento nacional a su memoria. Autorizado por una ley de 1890, el monumento fue inaugurado en la colina del Aventino sólo en 1949, acompañando al nacimiento de la República, a causa de retrasos técnicos y sobre todo obstáculos de naturaleza política.

La democracia radical y las instituciones de la Italia liberal

La exigencia de más caracterizados contenidos sociales y la auspiciada naturaleza federal del proceso de unificación nacional fueron los terrenos sobre los que se determinaron diferenciaciones explícitas en el ámbito mazziniano. El movimiento radical que se inspiraba en las ideas federalistas de Cattaneo y en la acción popular de Giuseppe Garibaldi contemplaba un proceso de integración y de legitimación democrática del Estado, sin prejuicios republicanos en el plano institucional. El centro de atención se puso en la exigencia de la construcción de una moderna sociedad civil, cuyo Estado, organizado en forma federal, no comprimiese la potencialidad democrática y las instancias de participación.

Por lo que se refiere a las reticencias a la «Italia monárquica», la «otra Italia» democrática quiso legitimar su propio proyecto político recurriendo a las memorias revolucionarias del *Risorgimento*, ligadas al patriotismo de Garibaldi y de los voluntarios garibaldinos de camisa roja. Fueron sobre todo los demócratas, que provenían de un pasado de revolucionarios y de defensores de la República, quienes se valieron de recuerdos y memorias del *Risorgimento* en la construcción de su identidad y en la reivindicación de una legitimidad política sustentada en un pasado patriótico. Esto representó uno de los fundamentos histórico-culturales de la actividad política conducida por la democracia radical en el parlamento y en el país⁴³.

A la muerte de Mazzini, se podían distinguir ya cuatro categorías de partidarios del republicanismo: los mazzinianos puros, antiparlamentarios y poco dúctiles

⁴² *Comitato per l'inaugurazione del monumento a Giuseppe Mazzini. Ricordo del XXII giugno 1882*, Genova, 1882, p. 20.

⁴³ BANDI, Giuseppe: *I Mille*, Milano, Rizzoli, 1981 [1886], pp. 296-297.

tanto en lo referente a los principios como en lo tocante a las formas de acción política; los intransigentes, como Alberto Mario, no reclusos sin embargo en la pura defensa de los dogmas ni anclados en posiciones extrañas a los cambios de la realidad social y política; los «transigentes», como Agostino Bertani, convencidos de la necesidad de participar en la vida político-electoral con adecuados instrumentos organizativos y de manera coordinada en el parlamento; los republicanos sentimentales, como Garibaldi, con un espíritu ecléctico que miraba con simpatía incluso el socialismo humanitario y que terminó por converger con los objetivos de la democracia radical. Esta fue asumiendo de hecho su peculiar fisonomía, teniendo precisamente a Garibaldi como a numen tutelar y reconociéndose en el plano político-parlamentario en el liderazgo de Agostino Bertani y Felice Cavallotti. Se delimitaba un nuevo terreno de acción social y política, distinguible por la relación entre construcción de la identidad nacional y prosecución de una efectiva «revolución democrática».

En octubre de 1873, cuando se presentó en un pequeño distrito electoral la candidatura de Cavallotti, antiguo voluntario garibaldino, la democracia republicana se preguntaba aún si sería más o menos justo participar en la elección. Conocido ya por su producción poética y por su encendido espíritu republicano, Cavallotti fue finalmente candidato, mientras sufría un procesamiento por sus ideas políticas. En su carta a los electores escribió entre otras cosas:

Sí, hace años que yo creo, igual que vosotros, que esperar en silencio para combatir las batallas de la democracia al día en que ésta se encuentre en posesión de todas sus armas y de todos sus derechos es un círculo vicioso y funesto que se resuelve en la abdicación y en la impotencia; yo creo igual que vosotros que la soberanía popular es la única base, la única fuente del derecho: no hay justicia contra ella; no hay poder legítimo sobre ella⁴⁴.

Poniendo de manifiesto su fe en el sagrado principio de la soberanía popular y en el pacto de honor estipulado con los electores, moralmente superior a los vínculos anudados en el ejercicio del mandato parlamentario de las instituciones monárquicas, Cavallotti prefiguraba algunos de los rasgos que, en la variada constelación de la Extrema Izquierda radical, habrían hecho de él un líder carismático, heredero e intérprete de la tradición garibaldina, de espíritu republicano, pero convencido de la necesidad de una acción política tanto en el país como en el parlamento.

La superación del prejuicio republicano y la fijación del abstencionismo electoral tuvieron un importante reflejo en la vida parlamentaria. Desde 1877, bajo

⁴⁴ CAVALLOTTI, Felice: «Ai miei elettori del collegio di Corteolona», carta a los electores en la prensa. 19-X-1873, Serie Attività Politica: 29/6 (aquí doc. 5.2.). Fondazione 'G. G. Feltrinelli', *Fondo Cavallotti*, el texto aparece reproducido en RIDOLFI, Maurizio (ed.): *La democrazia radicale...*, *op. cit.*, p. 322.

impulso principal de Bertani, se constituyó el grupo de diputados de la Extrema Izquierda, primer ejemplo en la asamblea parlamentaria italiana de una agrupación sobre bases de identidad político-ideológicas y no de naturaleza regional o de la propia de un sistema de notables. Fue más bien en este ámbito, con la organización del consenso electoral en apoyo de los notables demócratas, como el radicalismo ejerció su principal impulso organizativo. No se confió por el contrario ningún proceso de regulación social a la fuerza de la organización y de instituciones estables. En este plano, las experiencias más significativas, la Liga de la Democracia (1879-1881) y el Fascio de la Democracia (1882-1886), se caracterizaron más por la sensibilización y la capacidad de movilización que por la cualidad de organizaciones políticas. Prevalcía una tipología asociativa diferenciada en el plano territorial, con una coordinación en el ámbito regional, pero sin organismos centrales capaces de inculcar a los socios los principios y la praxis de la obligación política. También las mujeres estaban más presentes en las asociaciones populares, a diferencia de cuanto sucedía en los círculos burgueses. En 1880 nació la Liga Promotora de los Intereses Femeninos, animada por Paolina Schiff, que contó con la activa presencia de Anna María Mozzoni. Se planteaba un programa para el «reconocimiento de la personalidad jurídica y política de la mujer y de su igualdad con el hombre en la vida civil»⁴⁵. Eran las aspiraciones de una «Italia antimoderada», suspendida entre romanticismo propio del *Risorgimento* y oportuna recepción de los impulsos modernizadores, en objetiva y a menudo fáctica convergencia con el liberalismo progresista.

Maduró en tanto una profunda bifurcación en la izquierda anclada en la tradición del *Risorgimento*: hubo quien se encaminó hacia el radicalismo democrático de Cavallotti y quien, por el contrario, fue atraído por el radicalismo autoritario y nacionalista de Francesco Crispi; «Sí, la Monarquía nos une y la República nos dividiría»⁴⁶, había afirmado este en 1865, superando antes que otros el prejuicio institucional. En el campo de la democracia radical, el Pacto de Roma, definido en mayo de 1890, fue el proyecto más ambicioso puesto en la palestra a fin de crear un efectivo «partido de las reformas», capaz de representar los intereses y las opiniones de los núcleos emergentes de la burguesía media, urbanos y de orientación progresista, así como también los de estratos de la pequeña propiedad y de la pequeña empresa rural de las regiones padanas. Las elecciones políticas del otoño frustraron nada más nacer el ambicioso proyecto, privando a la escena italiana de un partido radical popular análogo a los que existían en Francia e Inglaterra. Se

⁴⁵ Liga promotora de los intereses femeninos, *Programma elettorale*, 1-x-1882, que se vuelve a tomar de RIDOLFI, Maurizio (ed.): *La democrazia radicale...*, *op. cit.*, p. 328.

⁴⁶ CRISPI, Francesco: «La monarchia ci unisce e la repubblica ci dividerebbe», 18-III-1865, que se cita en VALERI, Nino: *La lotta politica in Italia. Idee, movimenti, partiti e protagonisti dall'Unità al fascismo* (1945), Firenze, Le Monnier, 1998, p. 131.

demonstró aún impracticable la conciliación del proyecto de un «partido» de la burguesía progresista con la preservación de la visible connotación popular asumida en el curso de los años ochenta por la democracia radical.

Entre oposición e integración: el horizonte de la nación democrática y del Estado liberal

El ascenso del movimiento obrero-socialista hizo todavía más clara la débil identidad, como organización y como proyecto, tanto del radical Pacto de Roma como del mazziniano Pacto de Fraternidad. Pero si la inserción como cuñas de conceptos socialistas fundamentales aceleró la disolución de ambos, entre los dos siglos se fue afirmando también en el mundo democrático el imperativo de una organización diversa de la política. El republicanismo de Mazzini, uniéndose al pensamiento federalista de Cattaneo, habría garantizado mientras tanto el horizonte programático del Partido republicano italiano, constituido en 1895 y obligado a una dura competición con los movimientos anarquistas y socialistas. Estaba en cuestión la adaptación a la lógica del sistema representativo propio del Estado liberal, para la mejor tutela política de los intereses en conflicto, incluso en el marco de las instituciones locales, como ya acaecía y se habría producido exitosamente en algunas áreas de la península italiana.

Los republicanos mantenían siempre planteado el problema de la legitimidad del poder monárquico. Al inicio del nuevo siglo, Giovanni Mirabelli —el más atento a los problemas constitucionales dentro del liderazgo republicano— fundamentó la demanda de una reforma del sistema electoral y representativo en sentido democrático y proporcional; al faltar esta, los republicanos intransigentes se sintieron motivados a renovar su prejuicio negativo hacia el Estatuto Albertino, una constitución *octroyé* y no legitimada por una Asamblea Constituyente⁴⁷.

Al inicio del nuevo siglo llegó también a madurar la conformación del partido radical. Se dibujó así de manera cumplida un proceso de integración, en la aceptación plena del marco constitucional monárquico. Ettore Sacchi, exponente de la nueva generación de demócratas constitucionales, prefiguró de manera clara cuál debía ser «la concepción política del partido radical» en las transformadas condiciones de la Italia de comienzos del siglo xx:

[nosotros creemos posible las reformas de la Monarquía italiana. [...] He aquí por qué nosotros, radicales, proclamamos bien alto que ningún dato empírico ha demostrado jamás que el abatimiento de los órdenes plebiscitarios sea un condicionante de cualquier reforma; he aquí por qué nosotros no hemos sobrentendido ni siquiera restricciones mentales.

⁴⁷ PARTITO REPUBBLICANO ITALIANO: *Resoconto sommario del 5° congresso nazionale repubblicano. Ancona 1-3 novembre 1901*, Milano, 1902, p. 33.

Buscamos como objetivo el bienestar popular y somos adversarios únicamente de quien lo combate⁴⁸.

En esencia, el positivismo de naturaleza evolucionista seguía siendo la ideología casi oficial de los radicales cuando en el segundo Ochocientos la intransigencia ideológica que había orientado el proyecto de democratización de la sociedad y del Estado había sido una fuerza de oposición. Con el inicio del nuevo siglo, sin embargo, la creciente debilidad del impulso reformista y la configuración notable-parlamentaria del partido habrían hecho prevalecer la vocación gubernamental. Se engañaba el radicalismo sobre su capacidad para continuar representando los intereses de núcleos populares y pequeñoburgueses —piénsese en la corriente de radicalismo social personificada por Menuccio Ruini—. Por otra parte, según una opción propia del radicalismo librecambista de Antonio De Viti de Marco, no se sacó partido al papel —reivindicado sin embargo— de mediación entre Estado y mercado capitalista, que se podía ejercer mediante la promoción de una modernización de la administración pública, con el acceso a las instituciones de profesionales de élite y de nuevas figuras burocráticas, que era a lo que se orientaba el radicalismo productivista de Francesco Saverio Nitti.

La estructuración de los radicales como partido puso de manifiesto una institucionalización débil, puesto que el Partido Radical resultó incapaz de reconducir los comités locales hacia una adecuada centralización y hacia una efectiva disciplina social. No obstante el alto grado de formalización de la vida organizativa configurada por el Estatuto⁴⁹, no se logró afirmar una praxis de partido realmente diferente de la parlamentaria y propia del sistema de notables, que había sido connatural a la identidad de los radicales de la generación que había participado en las luchas del *Risorgimento*. En cuanto al segundo Ochocientos, había cambiado la configuración geográfica del asentamiento territorial, con un desplazamiento del eje de fuerza político-electoral de las originarias áreas padanas y centro-septentrionales, a las regiones centro-meridionales.

Después del acuerdo con el Presidente del Consejo Giovanni Giolitti y del apoyo al gobierno en las elecciones políticas de 1913, un movimiento de orgullo impulsó al Partido Radical a recuperar la propia tradición democrática, en desventaja de las tácticas parlamentarias y de las relaciones de poder. Salía así a la superficie la latente oposición a Giolitti de una parte importante de los radicales; con la consecuencia de que, venido a menos el soporte gubernamental —político y material—, se puso en marcha el declive de un partido que seguía estando

⁴⁸ SACCHI, Ettore: «Il concetto politico del partito radicale», *Nuova Antologia*, 1 (1904), que se vuelve a tomar de VALERI, Nino: *La lotta politica...*, *op. cit.*, pp. 307 y 312 para la cita.

⁴⁹ *Statuto del Partito Radicale* (1904), reproducido en ORSINA, Giovanni: *Senza Chiesa né classe. Il partito radicale nell'età giolittiana*, Roma, Carocci, 1998, pp. 279-282.

privado de una capacidad autónoma para conquistar un amplio consenso social y político.

Fue por el contrario en la realidad periférica como algunas palabras de orden de la democracia tuvieron ocasión de llegar a transformarse en una acción política concreta. En efecto, en diversas ciudades, y a menudo con el collar de las relaciones masónicas, la clase política radical prestó un concurso importante a las realizaciones programáticas de los bloques populares, que es tanto como decir, a la alianza de fuerzas democráticas, republicanas y socialistas, que se mantuvieron juntas sobre todo por la común inclinación anticlerical. Este fue el caso de ciudades importantes, tanto en el centro-norte —Parma y Roma entre ellas—, como en realidades urbanas del Sur —Catania y Mesina entre otras—. Allí el «populismo» contó con el concurso activo del socialismo reformista y no se redujo a desempeñar únicamente un papel destacado en el apoyo anticlerical a la estrategia de los demócratas-radicales, empeñados en hacer del control de las administraciones locales un arma de presión sobre el gobierno. Particularmente en la capital, encrucijada como siempre de fuertes contraposiciones entre el mundo católico y el universo anticlerical, tuvo un valor fuertemente simbólico también el ascenso, en 1907 y hasta 1913, de un consistorio popular dirigido por Ernesto Nathan, guardián de la memoria mazziniana, pero también Gran Maestro de la masonería. En otras partes, en áreas con una fuerte presencia mazziniana y republicana, como Romaña, tomó forma un «radicalismo de masas», en el sentido de una amplia movilización asegurada por el asociacionismo político y socioeconómico en apoyo de élites democráticas empeñadas en la modernización de la vida ciudadana, capaces no sólo de garantizarse el control de los colegios electorales, sino también de cumplir una función dirigente a la cabeza de las administraciones locales.

Fue en la primera postguerra, ya en los primeros meses de 1919, cuando los republicanos volvieron a plantear la demanda de la Asamblea Constituyente, frente al asenso del fascismo y en el marco de una crisis del Estado liberal que inducía a reflexionar críticamente sobre el *Risorgimento* y sobre su éxito en nombre de un Estado monárquico y centralizado. Sacudidos por una profunda crisis interna, los republicanos fueron la única formación política que hizo del federalismo regionalista la propia carta de identidad programática. Ese fue el mérito sobre todo de un líder de nueva generación, como Oliviero Zuccharini, convertido en secretario del partido ya antes de la guerra, autor de algunos importantes ensayos histórico-políticos sobre la crisis del Estado liberal⁵⁰ y fundador en 1920 de la revista *La Critica politica*.

⁵⁰ El texto más significativo fue ZUCCHARINI, Oliviero: *Esperienze e soluzioni. Stato liberale. Stato fascista. Stato repubblicano*, Roma, Libreria politica moderna, 1926, reimpreso por Ediciones de la Crítica política, nueva serie, Roma 1944.

Superada la inicial incomprensión mostrada por el movimiento fascista hacia sus originarias propensiones republicanas, el camino del exilio se abrió a numerosos exponentes del antifascismo democrático-republicano⁵¹. Fue entonces cuando, frente a los oportunismos y a la laxitud institucional de la Casa de Saboya en la crisis del Estado, algunos exponentes de la más joven generación de demócrata-liberales —como Giorgio La Malfa⁵², futuro líder republicano— sacaron la convicción política y el aliento moral de proponer como necesario un cambio de la forma de gobierno. Manteniendo una identidad propia en el exilio durante el período de entreguerras, en continua confrontación entre tradición y fermentos innovadores⁵³, los republicanos estuvieron en primera fila en el concurso de las fuerzas políticas que sostuvieron la República, sancionada en la transición postfascista mediante el referéndum institucional de 2 de junio de 1946, cuando la idea republicana de nación y la forma igualmente republicana de gobierno pudieron reunirse por fin también en la historia de Italia.

Del Primero al Segundo *Risorgimento*: República y Monarquía en la transición democrática (1943-1946)

En los años de la transición democrática, entre 1943 y 1946, a la salida tanto del régimen fascista como de la II Guerra Mundial, la contienda entre la herencia de la Monarquía y las esperanzas de la República se desarrolló a través de un largo conflicto simbólico que reflejaba los casi cien años de historia nacional. Modelo y patriotismo republicanos debieron ajustar cuentas con una tradición longeva, pero también con los desafíos de la nueva Italia por construir⁵⁴; el republicanismo debía demostrar que era un proyecto político-cultural capaz de conjugar virtudes patrióticas y modernas libertades. Volvían al centro de la atención las tradiciones republicanas⁵⁵, a partir al menos de De Sismondi en el plano historiográfico, y también de Mazzini y de Cattaneo en el constitucional: la idea de República en el primer caso, y en el segundo, a su vez, la idea de una identidad italiana que,

⁵¹ Cfr. SIGNORI, Elisa y TESORO, Marina: *Il verde e il rosso. Ferdinando Schiavetti e gli antifascisti nell'esilio fra repubblicanesimo e socialismo*, Firenze, Le Monnier, 1987.

⁵² COOK, Paul J.: *Ugo La Malfa*, Bologna, Il Mulino, 1998.

⁵³ FEDELE; Santi: *I repubblicani in esilio nella lotta contro il fascismo (1926-1940)*, Firenze, Le Monnier, 1989.

⁵⁴ RUSCONI Gian Enrico: *Patria e Repubblica*, Bologna, Il Mulino, 1997, insiste en la centralidad de los primeros años postfascistas, pero muestra una infravaloración de las tradiciones republicanas clásicas, medievales y dieciochescas.

⁵⁵ Además de SPADOLINI, Giovanni: *L'Italia repubblicana...*, *op. cit.*, véase TRANFAGLIA, Nicola: «La Repubblica», en M. Isnenghi (coord.), *I luoghi della memoria. Personaggi e date dell'Italia unita*, Roma-Bari, Laterza, 1997, pp. 291-318.

gracias a las historias ciudadanas y comunales, se había prefigurado incluso antes de la unificación estatal-nacional⁵⁶.

Ese fue el escenario político-cultural y simbólico en el que se ubicaron las elecciones, primero, y después la actividad de la Asamblea Constituyente, llamada a elaborar la Constitución de la neonata República. En la Italia liberal, de una Constituyente sólo se habló en algunos momentos de crisis y sin que el tema llegase a captar la atención de una amplia opinión pública. La «constituyente» había sido invocada durante mucho tiempo únicamente por los herederos de Giuseppe Manzini, con el fin de enfrentarse a la Monarquía y deslegitimar el Reino de Italia. En particular, si en la primera postguerra se volvió a invocar una Asamblea Constituyente como antídoto a la crisis del Estado liberal-monárquico, había sido sólo tras la aprobación en 1928 de la ley que daba rango constitucional al Gran Consejo del fascismo cuando el prejuicio antimonárquico se habría convertido en un terreno común a todo el antifascismo. Se abrió entonces un período de elaboración y de discusión de proyectos sobre cuáles debían ser, una vez derrotado el fascismo, los contenidos y las formas de la futura República.

En el verano de 1943, con la quiebra del régimen fascista y la fuga de la familia Saboya tras el anuncio del armisticio bélico, se inició un complejo y contradictorio proceso de construcción de la inmediatamente proyectada «República de los italianos»⁵⁷, que pudo considerarse culminado en el bienio de 1948-1949, cuando los equilibrios nacionales resultaron estar en sintonía con las disposiciones geopolíticas prefiguradas por los aliados antifascistas. Un conjunto excepcional de memorias individuales, historias de grupos e identidades colectivas apremiadas por un difuso espíritu de movilización intervinieron a la hora de suscitar una implicación de la opinión pública en la verdaderamente difícil formulación de un patriotismo republicano, hábilmente contrastado con la rediviva tradición monárquica y el resurgente legitimismo regio. Volvieron a emerger los filones culturales y emotivos de la compleja y hasta entonces minoritaria tradición republicana: el sentido de las «Repúblicas perdidas» —del medievo a los años jacobinos y a la Roma de Mazzini en 1849—, la intransigencia del tiempo de la Monarquía reinante, una competitiva utilización de los mitos políticos antiguos y recientes por parte de los nuevos protagonistas de la escena pública —el *Risorgimento*, pero también la Revolución rusa y el Estado proletario, la Resistencia, la «nación católica»—, así como la emergencia

⁵⁶ Sobre el legado de Cattaneo, situado entre los más agudos observadores de la historia italiana, y en particular, de la centralidad que en ella tiene la imagen de «país de ciudades», vuelve una y otra vez GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto: *L'identità italiana*, Bologna, Il Mulino, 1997, p. 37 y ss.; permance sin embargo demasiado al fondo el problema de las tradiciones cívicas republicanas.

⁵⁷ RIDOLFI, Maurizio y TRANFAGLIA, Nicola: *1946. La nascita della Repubblica*, Roma-Bari, Laterza, 1996, pp. 23-42.

de un fragmentario imaginario republicano —las fiestas nacionales, las liturgias políticas y los lugares de memoria objeto de polémica—.

Si inmediatamente después de los primeros 45 días de postfascismo, entre el 25 de julio y el 8 de septiembre de 1943, parecía naufragar efectivamente cualquier sentimiento de identidad nacional, en la primavera de 1946, con la convocatoria de elecciones libres y del referéndum institucional, el primer año de paz prefiguró un paso decisivo en la redefinición de la identidad nacional de los Italianos. En el caleidoscopio de las tradiciones reinventadas y sobre el fondo de la más vistosa batalla en torno a las formas institucionales de la Italia post-fascista, el competitivo desafío entre las imágenes de la República y de la Monarquía restituía una perspectiva de más largo tiempo a la comprensión del proceso de fundación de la democracia italiana y la extendía a los conflictos sobre sus aspectos mítico-simbólicos. Los partidarios de la Monarquía y de la República intentaron reivindicar para su tradición respectiva la primacía en la historia italiana y en la formación del sentimiento patriótico.

Tómense como ejemplo los especulares «credos» de fe monárquica y republicana. En el primer caso, se remachaban los «títulos» de la dinastía saboyana para regir el destino de los italianos incluso después del final del régimen fascista y se otorgaba confianza a la fuerza de la tradición monárquica para defender la continuidad de la historia institucional y nacional. En una de las hojas propagandistas de mayor eficacia, *Por qué soy monárquico*⁵⁸, la secuencia de las palabras de orden en que habría podido reconocerse cualquier anónimo italiano hostil al temido «salto en el vacío» de las instituciones republicanas ofrecía un preliminar código retórico-lingüístico, confirmado fácilmente después, en el curso de la campaña del referéndum. Así pues, ¿por qué ser y proclamarse monárquico extrapolando palabras y declamaciones?

Porque la unidad de la península pudo alcanzarse sólo con la iniciativa monárquica de la dinastía saboyana.

Porque considerando las innegables diferencias de estructuras geográficas, económicas, sociales, de tradición y de mentalidad de las diversas regiones italianas, veo en la Monarquía el único medio de cohesión y de salvaguardia de la unidad de la Patria, cuya disgregación se debe impedir a toda costa.

Porque el 25 de julio, debido a la iniciativa del Rey, Italia se ha librado de una situación que parecía no tener salida. En Alemania, donde no había Monarquía, se produjo el suicidio de un pueblo.

⁵⁸ *Perché sono monarchico*, hoja volante, sf. (primavera de 1946), original también en el Istituto della Fondazione Gramsci de Roma (IFGR), Archivo del Partido Comunista Italiano (APCI), b. Volantini, fasc. *Monarchia e Repubblica*; el texto se ha vuelto a publicar también en RIDOLFI, Maurizio y TRANFAGLIA, Nicola: 1946. *La nascita...*, op. cit., pp. 167-69.

Porque la Monarquía, al colocar como jefe del Estado a un hombre que, por definición, está por encima y fuera del sistema de partidos, se encuentra en la mejor posición para garantizar la efectiva independencia del País frente a cualquier influencia extranjera y para tutelar las libertades constitucionales, mientras un Presidente de la República sería siempre un hombre parcial y podría llevar a la nación hacia ordenamientos políticos y sociales dirigidos en un segundo momento a la instauración de una dictadura.

Si en la comunicación con la opinión pública prevalecía a menudo una actitud defensiva, en la estrategia del consenso perseguida por los defensores de la Monarquía y en la conflictividad simbólica ocupaba un espacio relevante la contestación de la legitimidad histórica y político-cultural de los otros a la hora de reivindicar un cambio institucional y un nuevo código de valores patrióticos. En una hoja propagandística que se dirigía al sentimiento religioso de los italianos, el apoyo a la Monarquía y la oposición a la República se señalaban como los únicos conformes con la identidad de los católicos y con el legado de la historia italiana. Mientras a la Monarquía se debían la unificación de la nación y la estructura de su vida moderna —habría subrayado en una conversación radiofónica a pocas semanas del referéndum Enzo Selvaggi, líder del monárquico Partido Democrático Italiano—, la carencia en los defensores de la República de una «*tradición constructiva*» habría corroído en sus mismos fundamentos el sentimiento patriótico de los Italianos y habría abierto las puertas a una «*balcanización* de Italia»⁵⁹.

Fue sobre todo agitando el miedo a lo «nuevo» y la amenaza al orden tradicional de las cosas como la propaganda monárquica insistió sin tregua en situar la perspectiva republicana frente a los ojos de una opinión pública extraña a los sentimientos antifascistas. No estaba en discusión ni tanto ni tan sólo la forma institucional del Estado, sino la connotación socio-cultural y política de la nación italiana. La inapelable sanción referendaria que se avecinaba inducía a introducir en el conflicto simbólico adjetivos cada vez más expansivamente excluyentes, a fin de marginalizar los símbolos de la otra parte. Eso era lo que se dejaba translucir en el campo monárquico, en una de las tomas de posición más autorizadas en vísperas de la votación, debida a Alberto Bergamini, jefe de filas del Frente de la Libertad, la formación electoral que había entrado en liza explícitamente en nombre de los Saboya. La fuerza de la tradición monárquica refulgía en razón de la debilidad de la republicana y de su denunciado y persistente anacronismo histórico y político.

La Monarquía no es sólo un símbolo: es una fuerza efectiva, centrípeta; garantiza la unidad de la Patria frente a las fuerzas separatistas y centrífugas siempre presentes en Italia [...]. En nuestro glorioso *Risorgimento*, la adhesión a la Monarquía de los prohombres republicanos tenía motivos superiores que no

⁵⁹ «I titoli della dinastia a presiedere ai destini d'Italia», *Italia Nuova* (12-v-1946). Las cursivas están en el texto original.

han sido de hecho superados. Su noble sacrificio venía dictado por una visión realista de la política nacional, que conserva hoy en día todo su valor⁶⁰.

Mientras en el campo monárquico la competición simbólica se confiaba a una tradición y a un imaginario definidos ya en el segundo Ochocientos⁶¹ y recuperados ahora sin conceder demasiado a las innovaciones, en el campo opuesto se hacía preciso suplir la fragmentariedad y la escasa visibilidad de una tradición republicana escasamente homogénea⁶² con un esfuerzo de invención simbólica, bien mediante una adaptación de formas preexistentes, bien gracias a la creación de otras inéditas, extraídas también del impulso moral y político del antifascismo y de la Resistencia, epicentro del sistema de valores fundantes de la República en la representación simbólico-ritual de la Italia democrática. Sin embargo, las versiones del mito y de su encarnación republicana en el plano institucional eran diversas y se habría echado en falta un código de comunicación política igualmente homogéneo.

Republicanos y miembros del Partido de Acción —un nuevo componente democrático-republicano inspirado en el *Risorgimento*— se mostraron unidos en el hecho de reclamarse vivamente de los principios de Mazzini, reivindicando un «segundo *Risorgimento*» desvinculado tanto de la mitificación saboyana como de la nueva propuesta instrumental que se hacía de la República Social Italiana de Benito Mussolini⁶³. Afirmaron ambos partidos un intenso prejuicio institucional y connotaron el conflicto simbólico en términos igual de excluyentes con respecto a los recordados por la parte monárquica. Perdurando entre los herederos de Mazzini la negativa a reconocer los plebiscitos como una efectiva fuente de legitimación de las instituciones monárquicas, se describía la historia postunitaria de los Saboya como una serie de engaños y traiciones perpetrados en daño del pueblo italiano, partiendo del uso instrumental del mito del *Risorgimento* en su versión oleográfica y saboyana⁶⁴.

La individuación de las culpas históricas de los Saboya en el largo tiempo postunitario y la negativa a reconocerles cualquier legitimidad para dirigir las instituciones postfascistas fueron también los ejes principales de la propaganda comunista contra la Monarquía, de la que se aspiraba a desvalorizar, partiendo de sus orígenes, el mito fundacional y su valor simbólico. Todo el mensaje propagan-

⁶⁰ «La questione istituzionale. La parola a un monarchico», *Il nuovo corriere della sera* (21-v-1946).

⁶¹ MOLA, Aldo A.: *Declino e crollo della Monarchia in Italia*, Milano, Mondadori, 2006.

⁶² PAVONE, Claudio: *Alle origini della Repubblica. Scritti su fascismo, antifascismo e continuità dello Stato*, Torino, Bollati Boringhieri, 1995, pp. 81-88.

⁶³ PAVONE, Claudio: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Torino, Bollati Boringhieri, 1991, pp. 180 sgg.

⁶⁴ «Comandini apre la campagna elettorale del Partito d'Azione a Roma. Vogliamo un nuovo Risorgimento fondato sui diritti del popolo lavoratore», *L'Italia Libera* (14-v-1946).

dístico anti-monárquico se había empapado de la retórica de la «traición»⁶⁵. Si en el «juego» de los contrapesos simbólicos se condenaba a la Monarquía a un pasado de traiciones sin posibilidad de remisión, tocaba al imaginario republicano iluminar las esperas y las esperanzas de los Italianos y —por primera vez mediante el voto— también de las Italianas, a cuyo comportamiento se miraba con particular atención y preocupación⁶⁶. En cualquier caso, la República, incluso evitando ensanchar el discurso histórico y político-institucional sobre el modelo de sociedad futura, debía avenirse con valores como la paz —contra la guerra y el militarismo—, la libertad —contra el arbitrio de los soberanos, libres del control popular—, el orden —a despecho de una historia postunitaria salpicada «de la política liberticida de los gobiernos monárquicos»— y la unidad de la patria —contra la resurrección de los separatismos y el encrespamiento de la cuestión de Trieste—⁶⁷. Los comunistas, en suma, al no tener un anclaje histórico en la tradición republicana —excepto en la memoria reelaborada de Garibaldi⁶⁸, si bien de manera no obvia, como se advirtió en la campaña política electoral de dos años después—, y temiendo los contragolpes por reclamarse demasiado explícitamente de la realidad soviética, se confiaban al poder evocador de un genérico imaginario republicano y renunciaban por el contrario a construir un efectivo «discurso político» en torno a la idea y la perspectiva de la República.

Articulada, y aparentemente algo «agnóstica», resultó la orientación oficial de la Democracia Cristiana sobre el dilema institucional y de la Iglesia, pero sin que esto cerrase de antemano el activismo de las asociaciones laicas⁶⁹. Su líder, Alcide de Gasperi, explicitando el sentido de las cautelas y de las preocupaciones en lo que atañía a la transición institucional, prefiguró una estrategia de acción que habría resultado triunfante al orientar la construcción de la «nueva Italia». Esencialmente, mientras el paradigma anticomunista fue sustituyendo al antifascista y resistente en la construcción efectiva de la vida política en la Italia democrática, y al acercarse el vencimiento del referéndum del 2 de junio del 1946, lo que parecía dibujarse ya en el liderazgo democristiano era la voluntad de anclar las instituciones postfascistas en la tradición católica, la única —mucho más que la monárquica y la republicana—

⁶⁵ *La Monarchia ha tradito*, hoja impresa, sf. [primavera de 1946], copia original en IFGR, APCI, b. Volantini, fasc. *Monarchia e Repubblica*.

⁶⁶ ROSSI DORIA, Anna: *Diventare cittadine. Il voto alle donne in Italia*, Firenze, Giunti, 1996.

⁶⁷ *La Repubblica è la pace, la libertà, l'ordine, l'unità della Patria*, hoja impresa, sf. [primavera de 1946], IFGR, APCI, b. Volantini, fasc. *Monarchia e Repubblica*.

⁶⁸ RIDOLFI, Maurizio: «I miti di Garibaldi e del Risorgimento nel secondo dopoguerra (1945-1961)», en M. Ridolfi (coord.), *Giuseppe Garibaldi. Il radicalismo democratico e il mondo del lavoro*, Roma, Ediesse, 2008, pp. 157-172.

⁶⁹ TRANIELLO, Francesco: «La Chiesa e la Repubblica», en AAVV, *La nascita della Repubblica. Mostre storico-documentaria*, Roma, Presidenza del Consiglio dei Ministri, 1988, pp. 121-122.

considerada con capacidad para efectuar el rescate nacional y moral. La transición institucional se produjo de hecho bajo el signo de la calculada prudencia de De Gasperi, con la invocación de la «bendición de Dios» para el pueblo italiano, a fin de que volviese a ser «artífice de su propio destino» y supiese crear «una República de todos»⁷⁰.

En el Viminale, —como recordará el entonces Ministro del Interior Giuseppe Romita a propósito de las manifestaciones en favor de la República que se celebraron el 11 de junio— aquel día, por primera vez en la historia, se izó la bandera italiana sin el escudo saboyano»; un acontecimiento histórico, contradictorio, sin embargo, por el hecho de que en el Quirinal «tremolaba aún la otra bandera»⁷¹.

Con todo, pudo exorcizarse el peligro de una nueva guerra civil, como igualmente se habría metabolizado sin dejar demasiados restos el conflicto simbólico entre las tradiciones monárquica y republicana que en los años de la transición postfascista había ofrecido un observatorio verdaderamente excepcional sobre los caracteres de la identidad italiana.

Divididos sin embargo sobre la cuestión institucional, los partidos antifascias se pusieron de acuerdo en impedir a la Monarquía restaurar su sistema constitucional; la «Constituyente» debía asumir el significado de ruptura respecto al pasado y legitimar la idea de un «segundo *Risorgimento*»⁷². Sólo una Asamblea Constituyente, electa el 2 de giugno de 1946, podía sanar la herida inferida por el Estatuto Albertino a la legitimidad popular del Estado. Si bien algunos de los más autorizados juicios subrayaron la presunta y escasa relevancia de la tradición del *Risorgimento*, particularmente la republicana, en lo referente a influenciar la actividad de los Constituyentes, en realidad, fueron diversas las pistas tendentes a poner de manifiesto la presencia en la Constitución de la República de elementos significativos pertenecientes a la tradición republicana originada en el *Risorgimento* —la República romana de 1849, Mazzini en particular, por no decir Cattaneo—⁷³. El primer y el Segundo *Risorgimento* ponían de manifiesto, en suma, los hilos de una historia ininterrumpida de tradiciones republicanas que la Constitución del Estado democrático reasumía e interpretaba del mejor modo posible. Comenzaba la «nueva» historia de la tradición republicana italiana.

⁷⁰ «Radiomessaggio del Presidente del Consiglio, On. De Gasperi, agli Italiani», 14-vi-946, en A. Damilano (coord.), *Atti e documenti della Democrazia Cristiana 1943-1967*, Roma, Ed. Cinque Lune, 1968, vol. I, p. 267 para las citas.

⁷¹ ROMITA, Giuseppe: *Dalla Monarchia alla Repubblica*, Pisa, Nistri-Liaschi, 1959, p. 216.

⁷² POMBENI, Paolo: «La Costituente», en M. Ridolfi (coord.), *Almanacco della Repubblica... op. cit.*, pp. 232-233.

⁷³ VIROLI, Maurizio: «Repubblicanesimo e Costituzione della Repubblica», en *Ibidem*, pp. 256-261.